Master Negative Storage Number

OCI00043.11

Historia verdadera de la gloria de Bethulia

Madrid

[1893?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCl00043.11

Control Number: ADT-3199
OCLC Number : 29689403
Call Number : W 381.568 H629 v.3 VERGL
Title : Historia verdadera de la gloria de Bethulia, por la heróica Judith, contra Holofernes : sacada de la Sagrada Escritura.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 23 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia de la heróica Judith.
Note : Title vignette.
Subject : Judith (Jewish heroine) Fiction.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9.27.94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA VERDADERA

DE LA

GLORIA DE BETHULIA,

POR

LA HERÓICA JUDITH,

CONTRA HOLOFERNES.



Sacada de la Sagrada Escritura.

MADRID.

Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

HISTORIA

DE LA

HERÓICA JUDITH.

CAPÍTULO PRIMERO.

Resolucion altiva de Nabucodonosor para sojuzgar al mundo.—Arrogancia de Holofernes con su formidable ejército.—Aflicciones del pueblo de Dios al verse amenazado.—Heróicas prevenciones del Sumo Sacerdote.

Estaba Nabucodonosor en la flor de su edad y en el vigor de sus conquistas, cuando tuvo una caprichosa inspiracion, por la que tomó la resolucion de sojuzgar á todo el mundo. Despues de una breve discusion para un negocio de tanta importancia, llamó á Holofernes y le dió órden para que marchase á la parte de Occidente con un ejército de cien mil infantes y doce mil caballos. Juntáronse todos los capitanes, y por todas partes aparecían hormigueros de soldados, como por encanto, lo mismo que si á este valiente general no le costase más que dar con el pié en el suelo para hacer nacer los hombres. Véisle aquí á este hombre esforzado, rodeado de tantas legiones dispuestas á echar de sí fuego y centellas.

Estaba ya su ejército con gran tren y aparato de víveres y municiones. Parecía que el cielo le miraba asombrado y que la tierra temblaba á cada paso con el ruido de sus armas. Su marcha atemorizaba á los más osados, y daba recelos de su ruina á los más débiles. Delante de él caminaban el rayo, el terror y las amenazas; y despues seguian los llantos, las ruinas y los saqueos.

Marchaba Holofernes en medio de su formidable hueste como un gigante de cien brazos, que se compromete derribar las ciudades, abrasarlas, trastornar las montañas y convertir en polvo todas las fuerzas del universo con los rayos de sus ojos. No se veian sino embajadores de todas las naciones á su puerta, que le presentaban coronas, le ofrecían cirios, inciensos, le pedian la paz y la misericordia, suplicándole les concediese la servidumbre; pero este soberbio general, rehusándolo todo, dispuso el marchar sobre las cabezas de los hombres y hacer un rio de sangre para teñir con ella sus plantas.

La fama que con cien bocas publica los destrozos que por todas partes iba haciendo este formidable ejército, llegó bien pronto á Jerusalen, y dió las tristes nuevas al pueblo de Dios. No se oia á la sazon sino suspiros y gemidos de un pueblo medroso, que viendo desde lejos esta horrible tempestad, no tenia ni corazon ni armas para oponerse; los ánimos estaban abatidos, las manos desmayadas y las lenguas mudas: no tenian más defensa que las lágrimas que derramaban en abundancia para comenzar los funerales de su amada patria. Reinaba por entonces Manesés en Jerusalen, setecientos años antes de la venida de nuestro Redentor, el cual, no viendo expediente alguno para desvanecer esta desdicha, no tomó la menor providencia; antes por el contrario, se ocultó lleno de aturdimiento; pero Eliachin, Sumo Sacerdote, haciendo el oficio de esforzado y valiente capitan al par que el de Pontífice, animó á su pobre pueblo, enjugó las lágrimas de todos para mostrarles el primer vislumbre de esperanza que concibieron de su amada libertad.

Despachó correos por todas partes, y mandó á las ciudades que estaban amenazadas por el paso de estas crueles y soberbias tropas, que contribuyesen en lo posible con dinero, armas, hombres y víveres, para rechazar al comun enemigo; y sobre todo, que tomasen los pasos estrechos de los montes, para estorbarles la venida, donde con poca gente podrian hacer mucho más que no aguardándoles en la campaña, en que fuerzas tan numerosas derrotarian cuanto se les pusiese delante. Además de esto, mandó se hiciesen rogativas públicas, en las que el templo de Dios se vió lleno de devotos cargados de cilicios; los sacerdotes estaban con un saco; en fin, todo el pueblo estaba en oracion, en

ayunos y sollozos. Los niños tambien postrados en tierra, imploraban con las voces de su inocencia la misericordia de Dios. Este magnánimo Pontífice, no ignorando que juntamente con la prudencia es menester emplear la actividad, no se contentó con llorar delante del altar, sino que visitó en persona las ciudades y aldeas, consolando á los afligidos, animando á los cobardes y fortificando á los flacos.

CAPITULO II.

Infórmase Holofernes del poder y circunstancias de los judíos.—Achior, príncipe de los Amonitas, le hace una relacion circunstanciada de todo.—Castigo que experimenta.—Dirígese el ejército contra Bethulia.—Apuros de sus habitantes.

Llegó la nueva á Holofernes de que los judíos se preparaban á la defensa, y querian oponerse á su poder, de lo que se encolerizó mucho, llamó á los príncipes de los amonitas, que estaban en su ejército, para informarse de las fuerzas que podria tener aquel pueblo que se disponia á hacerle cara; y respirando volcanes, evocó la consulta con orgullosos términos de amenaza: ¿Qué reino es este, soldados? les dijo. ¿Qué número de ciudades son las que habitan? ¿En qué poder confia su insolencia? ¿Qué confederacion tienen? ¿De dónde esperan auxilio contra el poder de mis armas? Si todos los de Oriente se sujetaron á Nabuco, ¿cómo desprecian estos la majestad de su nombre? Sepa yo qué gente es esta. Entonces Achior, príncipe de los amonitas, se levantó y le hizo una larga relacion del orígen y cualidades de los judíos, diciéndole en breves palabras lo siguiente:

«Sabrás, señor, como esta nacion desciende de los Cal»deos y se separó de ellos por causa de discordia en la reli»gion, menospreciando á todos los dioses gentiles, y no cre»yendo sino en un Dios, autor del Cielo y de la tierra. »Estos pasaron á Egipto padeciendo en el camino una »grande hambre, y allí se multiplicaron tanto, que comen»zaron á dar recelos á los egipcios, que continuamente los »maltrataban. Pero su Dios vengó aquellos agravios con »horribles plagas que envió desde el Cielo para destruir á

»todo el Egipto; de manera que sus enemigos se vieron obli-»gados á dejarlos ir libres donde quisiesen. El rey Faraon, »habiendo tomado la resolucion de perseguirlos y acabar-»los, fué sepultado con toda su armada en el mar Rojo, por »donde este pueblo habia pasado á pié enjuto. Desde allí »caminaron por los desiertos estériles de la Arabia, en don-»de Dios los sustentó milagrosamente, enviándoles manja-»res del Cielo y disponiendo que las peñas abriesen sus »manantiales y fuentes. Y has de advertir, señor, que »cuando estos hebreos están bien con su Dios, son invenci-»bles, lo cual se ha conocido por las victorias que han ob-»tenido de los Jebuseos, Perheceos, Amorreos y otros pue-»blos que ellos han vencido apoderándose de sus tierras y »Estados. Pero si acaso sucedia que estuviesen manchados »con alguna iniquidad, no habia pueblo más cobarde, por-»que entonces estaban desamparados del Cielo y destituidos »de todo poder. Y por tanto, no os aconsejo que aventureis »con ellos antes de saber el estado en que se hallan al pre-»sente con su Dios, porque si se hallan bien unidos con él, »le adoran y reverencian, como deben, siempre quedarán »vencedores.»

Los capitanes de Holofernes, oyendo las palabras de Achior, le dijeron mil injurias, y soberbios le llenaron de oprobio, solo por haber pensado que tan corto número de gente malparada fuese capaz de resistirse á los ejércitos reales de Nabucodonosor, gobernados por el valiente general Holofernes; le creyeron sospechoso y poco diestro en ardides de guerra, y encendidos en ira, se decian: para que vea su engaño hemos de subir animosos á las murallas, haciendo prisioneros á los que tiene por tan fuertes y que tanto le acobardan: ha de morir á lanzadas en medio de los vencidos, y han de conocer estas gentes que Nabucodonosor es el dios de la tierra. Holofernes tuvo á Achior por menguado y cobarde, y mandó que le entregasen á los judíos, pues era judío de corazon y de afecto. Los soldados le llevaron á las puertas de la ciudad de Bethulia, y allí, atándole á un palo, le dejaron á discrecion de los ciudadanos, los cuales salieron por él y le llevaron delante de los sacerdotes que gobernaban, y de todo el concurso del pueblo para informarse de lo que habia sucedido. El les hizo un largo razonamiento, diciendo todo lo ocurrido, y dando

muestras de lo mucho que respetaba la majestad de su Dios, por lo que todos comenzaron á llorar de contento, y dieron gracias á la bondad divina, postrándose en tierra y prometiendo todo favor y beneficio á su prisionero, que le recogieron y cuidaron afectuosamente.

En el ínterin mandó Holofernes avanzar á sus tropas para escalar á la pequeña ciudad de Bethulia; pero vió peleaban contra él gentes que no se veian, escondidas en los montes que conducen á la ciudad, que hacian mucho daño en su ejército por hallarse embarazado en los pasos más estrechos. Sus capitanes le aconsejaron que no atormentase inútilmente á los soldados, sino que se apoderase del encañado de las fuentes por donde iba el agua á la ciudad; que de esta manera la rendiria á poco trabajo. Esto ejecutado hizo un gran efecto; porque el pueblo viéndose privado del agua, comenzó á murmurar públicamente contra los sacerdotes, que por su temeridad se habian puesto á resistir á un tan grande y poderoso ejército contra el ejemplar de tantos pueblos, que advertidos de esto mismo se habian sometido al formidable poder de Holofernes; y así decian á grandes voces, que era necesario rendirse á los asirios, antes de ver á sus pobres mujeres é hijos sepultados entre las ruinas. Ozías, en ausencia de Eliachin, los apaciguó con sus lágrimas, y alcanzó de ellos que tuviesen paciencia y esperasen solo cinco dias.

CAPITULO III.

Virtudes y valor incomparable de Judith.—Opónese á que se entregue la ciudad de Bethulia, y se ofrece á salvarla.—Prevenciones que hace para llevar á cabo su obra.

La ciudad de Bethulia tenia dentro de sus murallas un gran tesoro de virtudes, cuyos méritos aun no eran conocidos. Este era, pues, la hermosa Judith, en quien el Cielo habia puesto las más raras cualidades, la habia escogido para libertar á su patria de las grandes calamidades de que se veia amenazada. ¡Oh benignísimo Dios, y por qué medios tan extraños procuras favorecer á los que te aman, te sirven y te invocan en sus mayores tribulaciones y fatigas!

Era Judith nobilísima matrona, ilustre heroina del pueblo de Israel, hija de Merari, y descendiente del antiguo Ruben: su nobilísima estirpe se mereció los respetos en todas las doce Tribus, y las graciosas perfecciones de que Dios la adornó la hicieron muy amable: propúsola su padre para esposo un bizarro mancebo llamado Manasés, que vivia en Bethulia, adonde tenia á sus padres; precediendo las debidas diligencias y el casto consentimiento de la hermosa Judith, se celebraron las bodas, casándose con Manasés. Este era un riquísimo y potentado señor, de ilustre descendencia, dueño de fertilísimas y dilatadas dehesas, de muchos y numerosos rebaños, con cuyas riquezas vivió con el santo temor de Dios en compañía de su amada esposa Judith, en cuya virtuosa vida se ejercitaron mucho tiempo, hasta que tres años antes del sitio les aconteció el más irreparable golpe. Solia salir Manasés á ver sus jornaleros en el rigor del Estío, y en una ocasion de aquellas en que el sol le molestaba excesivamente, se le impresionó de tal modo, que le sobrevino una grave enfermedad que le ocasionó la muerte, dejando viuda á Judith, la que despues de mostrar su constancia y conformidad cuando recibió los pésames, aunque no sin abundantes lágrimas, y habiendo cumplido con la funeral memoria, se resolvió variar enteramente su plan de vida. Mandó fabricar en lo alto de su casa una pequeña y solitaria estancia en forma de oratorio, donde se retiraba con sus doncellas, dedicándose contínuamente á ejercicios y oraciones piadosas. Allí tenia depositada toda su alma, y sus entretenimientos devotos con su amado Dios y Señor, y desde allí subian sus castísimas invocaciones, que llevaban los suspiros de su pueblo hasta el trono del Altísimo.

La casta matrona tenia su delicado cuerpo todo rodeado de cilicio: ayunaba todos los dias, á no ser los sábados y fiestas solemnes, que guardaban los judíos: su corazon estaba encendido de un celo increible por la gloria de Dios; lloraba y se compadecia mucho de las miserias de su escogido pueblo.

Llegó á oir esta valerosa santa que se habia resuelto en la junta de los sacerdotes, que en el término de cinco dias se habia de rendir la ciudad si no la venia socorro: se presentó prontamente á verse con el sacerdote Ozías, príncipe

del pueblo, y con los demás que gobernaban: púsoles algunas réplicas contra lo que habian decretado, y sobre todo les dijo:

«Todo lo que habeis determinado no es más que querer »tentar á Dios, prescribiéndole el tiempo de sus misericor»dias, y tasarle su providencia: no toca á los hombres dis»poner los tiempos, pues están reservados á la disposicion »del Soberano Señor; y así, lo más conveniente es cuidar »de hacer una exacta penitencia de los pecados de la vida »pasada, é implorar la clemencia Divina con efusion de »lágrimas, que ella sabrá hallar remedio á tanta necesidad »y conflicto.»

Dióles á entender, manifestándolo con sólidos argumentos, que todas las personas escogidas son necesariamente probadas y experimentadas con diversas tribulaciones, y que los que las llevaban con paciencia alcanzaban al fin la gloria delante de Dios; pero los que se inquietaban y murmuraban, no mejoraban sus males; antes provocaban la ira del Altísimo, que dobla azote sobre azote en castigo de su falta de fé. En fin, ella les persuadió, que pues eran los caudillos del pueblo, y que tanta infinidad de almas respiraban con su aliento, que no dejasen de exhortarles á la paciencia, infundiéndoles al mismo tiempo valor y constancia.

Los gobernantes de la ciudad quedaron absortos al oirla hablar tan divinamente; porque las palabras que salian de su boca tenian tan incomparable energía, que eran capaces de ablandar los más inflexibles corazones. Convinieron todos en que era una mujer consagrada á Dios que habia hablado por inspiracion divina, y que no habia que decir nada en contra de sus elocuentes discursos. Pero como ella era tan humilde, se retiró luego con profundísima sumision, y les rogó la dejasen una puerta de la ciudad franca para salir aquella noche acompañada de la criada al campo de Holofernes, porque tenia imaginado ejecutar una gran estratagema por la libertad de su pátria; y que encargasen á todo el pueblo la encomendasen á Dios, sin permitir que por curiosidad quisiese nadie inquirir lo que queria hacer para su remedio. Ozías la respondió que haria todo lo que pedia, y rogaria á Dios con intensísimas oraciones para que saliese con su intento para el bien universal del pueblo.

CAPÍTULO IV.

Plegaria de Judith implorando el auxilio divino. — Dispone su partida para el campo enemigo. — Despídenla tiernamente el Sumo Sacerdote Ozías y varios caballeros de la ciudad.—Llega al campamento, y es presentada al general.

Antes de emprender Judith la grande obra que se habia propuesto de salvar á su pátria, se fué prontamente á su oratorio, donde estuvo mucho tiempo postrada delante de su Dios Omnipotente, ceñidas sus carnes de cilicio y cubierta la cabeza de ceniza; tan penitente y mortificada, lloraba delante de su presencia amargamente, é implorando su auxilio, decíale tierna y amorosamente:

«Dios mio y dueño de mi alma: Dios de mis padres, á »quien nada es imposible, mirad con los ojos de vuestra di»vina clemencia este pueblo afligido y atribulado; dirigid »la vista hoy al campo de los asirios, arrojando sobre ellos »los relámpagos y rayos que otra vez echásteis sobre el »ejército de los egipcios, cuando fueron sepultados en los »abismos. Suceda esto mismo en los que están hoy fiados »en sus carros, lanzas y espuelas, sin reparar en que Vos »sois el Dios del cielo, que deshaceis los poderes de la tierra »con una sola mirada de vuestros ojos. Levantad aquel mis»mo brazo, que por toda la antigüedad fué señalado con »tantas maravillas, y hollad todas sus fuerzas con vuestro »formidable poder. No permitais que ellos profanen vuestro »templo, Dios mio, y saqueen la casa en que vuestro excel»so nombre siempre ha sido invocado. Haced que este bár»baro general, que se promete gozar nuestros despojos, sea »preso por mí con el lazo de sus ojos, y que con su propio »alfanje divida el alma del cuerpo. Heridle por medio de »vuestra gracia, que espero infundireis en mis lábios, y dará »más elocuencia á mis palabras. Animad mi corazon, Dios »mio, y fortificad mi brazo, Dueño de mi alma, para con»cluir este grande hecho, que siempre será vuestro, y sacad »una eterna honra de haber abatido este coloso por manos »de una mujer flaca y débil. Vuestra fuerza no consiste en »la muchedumbre de soldados, ni en el valor de los cam-

»peones: no son estos soberbios guerreros quienes deben »aguardar el socorro de vuestro brazo, sino el ruego de los »humildes, que granjea vuestro corazon y lleva vuestras »fuerzas á su proteccion. Dios de los cielos, Criador de las »aguas y Dios de toda la naturaleza: oid á vuestra pobre »sierva, que solo confía en vuestras misericordias. Dad con»sejo á mi corazon, palabras á mi boca y fuerzas á mis bra»zos para defender nuestra causa, y que todas las na»ciones de la tierra habitable sepan que no hay otro Dios »sino Vos.»

Estas eran las únicas armas de esta excelente mujer; esta confianza tenía en el Dios de los ejércitos. Despues de acabada esta oracion, salió de su oratorio y bajó á su cámara, llamando á una esclava para que la vistiese y adornase: quitóse el luto que traia por su viudez; dejó el cilicio, lavóse y perfumóse; púsose las galas y adornos, peinó la trenza de sus hermosos cabellos y cubrió la cabeza con riquísimo cendal, adornó con pendientes sus orejas, las muñecas con manillas, su cuello con rica gargantilla, los dedos con sortijas, su pecho con algunas joyas; calzóse unos bellos chapines, que la hacian una gallarda y agigantada doncella; en fin, adornóse cuanto pudo con los más ricos vestidos y alhajas que tenia. Parecia que Dios tomaba placer aquel dia en hacerla más hermosa que nunca habia sido, y todas las gracias brillaban risueñas en su bellísimo semblante, por estar ella adornada por virtud y no por deleite.

Mandó á la esclava que dispusiese comida y bebida para las dos, temiendo ensuciar su cuerpo con viandas de los infieles; y luego que todo estuvo dispuesto, salió de su casa y caminó hácia la puerta de la ciudad, donde halló al príncipe y sacerdote Ozías con los demás caballeros, que ya estaban esperando, los cuales todos quedaron pasmados y admirados del explendor de su celestial belleza. Nadie quiso ser curioso en informarse dónde iba, sino que solo se contentaron con rogar á Dios que cumpliese sus deseos, y así la dijeron: *Id en buen hora, matrona gallarda, y seais algun dia la honra y gloria de Jerusalem; vuestro nombre sea puesto en el número de las grandes y virtuosas almas que hicieron á Dios servicios muy señalados.* Salió, pues, de la ciudad, invocando el nombre de Dios, y rezando algunas oraciones con su esclava.

Como ella llegó al campamento al apuntar el dia, descubriéndola los soldados, salieron corriendo á su encuentro, y viéndola tan admirablemente hermosa, quedaron de golpe más deslumbrados de las luces de su rostro, que de los primeros rayos del sol. Informáronse de dónde era, á dónde iba y cuáles eran sus pretensiones. A que respondió, que era de Bethulia y dejaba aquella desdichada ciudad en la más lastimosa infelicidad; que venía sola á verse con su general, con quien tenía cosas muy árduas y singulares que comunicar, y que la llevasen pronto donde estaba Holofernes, que deseaba cuanto antes verse con él. Los soldados aun permanecian pasmados, y mucho más lo quedaron al oirla razonar tan bellamente y con una majestad propiamente grande, por lo que la llevaron al momento ante su general.

CAPITULO V.

Reflexiones sobre la grandiosa empresa de Judith y su comportamiento.— Obsequioso recibimiento de Holofernes.—Razonamiento de Judith con el general.—Queda éste prendado de las gracias y hermosura de Judith.

Causará admiracion á algunos este modo de proceder en la virtuosa Judith. Una mujer tan hermosa y tan capaz de provocar á los hombres, irse á meter en medio de los soldados sin temer el riesgo de la honestidad que amaba tanto, no considerando que con verla se excitaban los deseos, estando en lo mejor de su edad para participar ella tambien del amor que excitaba en los otros. ¿Quién la habia dicho que los asirios la habian de dejar pasar sin agraviar en nada su honra? ¿Qué seguridad podia tener de una milicia desenfrenada? Y aun cuando en esto hubiera seguridad, siempre una mujer honesta ha de procurar no exponer su decoro á la menor afrenta, aunque fuera con la idea de salvar la ciudad.

Si consideramos todo lo dicho, segun el mundo, es cierto que no se puede defender; pero ¿quién se atreve á condenar lo que hacia con una manifiesta inspiracion de Dios y del buen ángel que la guiaba y llevaba como de la mano, haciéndola marchar segura á los precipicios, y siempre lozana como la yedra en la ruina de los antiguos edifi-

cios? Con todo eso, ella tuvó arte y maña para disimular su empresa, y supo con sus palabras contener á los soldados, para no hacer con ella alguna libertad. Además que ¿quién ha de hacer escrúpulos de ardides que son lícitos contra el enemigo en la guerra y salvar la vida, supuesto que algunos teólogos y jurisconsultos afirman que son buenos y loables por hacerse con buen fin y por medios legítimos?

Presentada, pues, delante del general Holofernes, quien estaba majestuosamente sentado en su trono, debajo de un pabellon de oro y púrpura, todo guarnecido de esmeraldas, soberbio y ufano como un pavo real que manifiesta al sol los ojos de su cola, por quien parece ha nacido. Luego que Judith llegó á su presencia se postró en tierra haciéndole una reverencia cortesana, pero no de adoracion. Hablóle con una sumision muy rendida la humilde dama, y al punto le cautivó su corazon, cogiéndole, como lo habia pensado, en las redes de su pecho. Los que estaban presentes no quedaron menos cautivos que el general al ver su gallardía, hermosura y donaire; y así comenzaron á decir con admiracion: *Que tierra que producía tan bellas mujeres, merecía cualquier trabajo por conquistarla.*

Holofernes la mandó levantar al punto, y ella fingía tener algun miedo y haberse turbado por hallarse en la presencia de un tan gran general, pues sabía que era muy vano, y que de esta suerte le podria vencer mejor. El la habló con increible dulzura, asegurándola que no era tan tirano como le suponian; y que desde que gobernaba las armas de tan grande monarquía no habia hecho agravio á persona alguna de cuantas prestaban obediencia á su señor. Que él no queria mal á la nacion hebrea, antes bien, si hubiera hecho ésta su deber no habria dado lugar á que se desenvainara ni una sola espada contra ella. Por lo cual deseaba saber por qué motivo habia dejado su ciudad y tomado la arriesgada resolucion de venir á su campamento.

Entonces esta matrona, santamente artificiosa, comenzó á hablarle con tal agasajo y dulzura, que cien Holofernes tuvieran harto que hacer en defenderse de aquella máquina amorosa. Suplicóle la oyese con atencion y admitiese su razonamiento, pues Dios la tomaba por instrumento para tan gran negocio. Dióla licencia para hablar, y empezó diciendo:

—«Bien sé, señor, que Nabucodonosor es destinado por Dios para ser el rey del mundo, y que todo el poder de su monarquía se encierra en Holofernes, donde vive y triunfa magníficamente para bien de los buenos y castigo de los malos. No soy, señor, tan ignorante de las cosas del mundo que no haya conocido la prudencia y el valor de un Holofernes que tiene la honra de ser el único en todo el reino de Nabucodonosor, y que ha llegado á tan alto grado del poder con quien nadie de este mundo le puede igualar, por la bondad de su corazon, pues no quiere ser poderoso, sino solo por hacer bien, como lo testifican todas las provincias, en las que ha puesto tan buen órden para los asuntos del reino. He sabido lo que ha pasado con Achior, y es cierto que él ha conocido verdaderamente el débil espíritu de mi nacion, y así haceis muy bien al presente, que Dios está irritado contra ella, y la tiene anunciado por sus profetas su ruina. Por esta causa están amedrentados, que más no os lo puedo ponderar; además que el hambre y la sed conspiran en su destruccion y están ya resueltos á matar todos los animales para beber la sangre, sin perdonar aun las cosas consagradas á la Majestad Divina, que es la señal más infalible de su depravacion. Por esta causa, señor, he dejado esa ciudad, y vengo á daros este aviso: habeis de saber que el Dios que yo adoro es muy grande, y que no dejaré de rogarle por vuestro ejército, para saber su voluntad, y deciros el tiempo que tiene determinado para la última desdicha de esta infeliz ciudad. Y podeis estar seguro que os entraré dentro de Jerusalen, entregándoos todo el pueblo como ovejas sin pastor, sin que haya siquiera quien se atreva á poner la menor resistencia, siendo justo que tales hombres se sujeten á un poder tan formidable, conducido por la mano del Altísimo, siendo ésta la disposicion de su providencia.»

Holofernes, que ya estaba preso por los ojos, fué encadenado por los oidos con la dulzura y artificio de estos discursos, siendo ya su corazon un volcan. Acaricióla mucho, prometiéndola que su Dios seria el suyo, que la haria grande en la casa de Nabucodonosor, y respetada por toda la tierra. Los que se hallaron presentes á este razonamiento, se admiraron mucho de su gran despejo y sabiduría, diciéndose unos á otros: *No hay mujer semejante sobre la tierra, por su aspecto, su hermosura y su elocuencia.* Hízo-

la luego entrar Holofernes en su cámara, donde tenia los tesoros, para que viese su grandeza, y la señaló cierta cantidad diaria para su plato, á que ella respondió que aun no la era permitido, segun su ley, comer en una mesa con persona de otra religion distinta que la suya; y que con esta prevencion traia consigo todo lo necesario.

—Pero cuando vuestra provision se acabare, dijo Holofernes, ¿qué hemos de hacer de vos?

—Espero cumplir el negocio que tengo trazado, replicó ella, antes de que se me acabe la provision que he traido.

Mandó Holofernes, despues de esto, que la alojasen en una rica tienda para que reposase, y antes de separarse del general le pidió una merced, que era la dejasen salir antes del dia para hacer sus oraciones al Dios que adoraba segun su costumbre, y atravesar el campo con toda libertad, sin que ninguno osase impedirla ni perturbarla; para lo cual dió Holofernes una órden rigorosa con el fin de que se cumpliese todo conforme lo pedia.

Por esta causa, en el silencio de la noche se fué á lavar secretamente á una fuente, para purificarse del comercio que habia contraido con los infieles, y rogó á Dios incesantemente fuese servido de conducir sus designios para alcanzar la libertad de su patria.

CAPITULO VI.

Convite en la tienda de Holofernes para agasajar á Judith.—Se excede el general en la bebida y le acuestan completamente embriagado.—Judith corta la cabeza á Holofernes y se marcha con ella para Bethulia.—Salen á recibirla con sumo alborozo y alegría.

Cuatro dias se habian pasado que Judith estaba en los reales de Holofernes, aguardando ocasion de ejecutar lo que tenia pensado, cuando este quiso de puro contento celebrar un banquete con intencion de obsequiar á su huéspeda, pensando que con este agasajo la atraeria á su voluntad. Pero como los asirios tenian por deshonra enamorar á una mujer sin alcanzarla, no se atrevia á aventurar en declararse, sino que lo encomendó á Bagao, que era su camarero mayor, para que lo diligenciase. Este hizo lo que pudo,

diciéndola habia caido muy en gracia á su señor, y que aquel dia tenia dispuesto un banquete, en el que la deseaba ver á solas, que no tenia que hacer escrúpulo en obedecer, pues era una de las mayores honras que podia tener en su vida. Añadió tambien que era menester estar alegre y pasar el tiempo sin melancolía. Bien entendió la dama á lo que aquello se dirigia, y respondió que estaba dispuesta á obedecer en todo las órdenes de su señor, no queriendo más voluntad que la suya; y luego al punto se adornó lo mejor que pudo para llamarle más la atencion, y así pasó á su retrete.

Al instante que la vió Holofernes sola junto á sí, le palpitó el corazon y parecia que los resplandores que salian de los ojos de aquella beldad le habian sacado fuera de sí. Su pasion no le daba apenas lugar de hablar: contentábase solamente con brindarla á regocijarse, asegurándola que la habia granjeado el corazon. Sentáronse á comer, y la virtuosa Judith le suplicó tuviese por bien de que ella se portase á su modo por entonces, y la dejase comer solo lo que su esclava la traia. Él se lo concedió gustoso, ofreciéndola hacer en todo su voluntad por no disgustarla.

Consideróse ya desde entonces Holofernes por el hombre más dichoso del mundo, manifestándolo con sumo placer y alegría: bebia abundantemente, y se mostraba gallardo y placentero en extremo, de lo que Judith daba muestras de alegrarse, diciendo gustaba mucho de verle tan contento, y que de allí en adelante podria contar aquel dia por el más dichoso y feliz de cuantos habia vivido. El por darla gusto, repetia sus agasajos, bebiendo cada vez más; de manera que se embriagó con una profunda borrachera; conoció ella que aquel hombre estaba fuera de sí, y que no se hallaba en estado de pasar adelante en sus deshonestos intentos, estando privado de la razon por el demasiado vino que habia bebido. Viéndolo tan embriagado Bagao, su camarero, procuró meterle en la cama, lo que ejecutó desnudándole: dejóle hecho un tronco en ella y cerrando la puerta le dejó solo con Judíth. Todos los demás criados habian bebido tambien tanto, que no necesitaban sino dormir; solo Judith quedó en vela y bien despierta: dió órden á su esclava que aguardase detrás de la puerta, y de allí no se apartase, para que al menor aviso concurriese á lo que la mandase.

Ya se hallaba sola la buena Judith con Holofernes en su retrete, y púsose á contemplar en aquel bárbaro general, que dormia y roncaba con demasía. Cuando le pareció poner en práctica sus designios, se llegó á la cama, donde se detuvo por algun rato, suplicando ardientemente entre sí á Dios, que fuese servido de dar cumplimiento por su mano al grande hecho que tenía premeditado. Ya resuelta á dar principio á la obra, cogió el alfange ó cimitarra del mismo Holofernes, y desenvainando su acero animosamente, llegó á aquel dormido tronco, cogióle de los cabellos, y diciendo allá en su corazon: *Dios mio, alentad ahóra mi brazo*, ejecutó varonilmente el golpe, de suerte que de dos cuchilladas le separó enteramente la cabeza de los hombros. Llamó prontamente á la esclava, le entregó la cabeza de Holofernes, y ésta la metió en el saco en que habia traido la comida. Envolvió Judith el cuerpo entre las sábanas, recogiendo el paballon y el alfange, y se salieron de la tienda muy disimuladamente, atravesando los reales salones sin que persona ni soldado alguno les pusiese impedimento por la órden que ya tenian del general.

Llegaron de noche á la puerta de la ciudad de Bethulia, y desde lejos comenzaron á dar voces á los centinelas diciendo: *Abrid, que Dios está con nosotros, y ha hecho maravillas en Israel.* Fueron corriendo á avisar al sacerdote Ozías y á todos los demás jefes, que con toda precipitacion salieron á recibirla. Luego que se extendió la noticia, todo el pueblo corria por las calles ansioso por ver á Judith: rodeáronla multitud de hombres, mujeres y niños, dándola en altas voces el parabien de su vuelta, pues pensaban antes que ya la habian perdido para siempre, y la miraban como si viniera del otro mundo.

Mandó Judith encender faroles, y subiendo á un lugar eminente, donde se solia hablar al pueblo, dijo así: «Señores y compatriotas mios: dad gracias á Dios que nunca ha »desamparado á los suyos, y por su gracia ha cumplido en »el dia de hoy la promesa que tenia hecha á su pueblo es»cogido, porque esta noche he muerto por mis manos al »enemigo común de nuestra nacion.» Y diciendo esto, pidió á la esclava el talego donde traia la cabeza horrible de Holofernes, y sacándola se la manifestó á todos los concurrentes, diciendo: «Veis ahí la cabeza de Holofernes, gene-

»ral de los asirios.» Y desenvolviendo el pabellon, dijo: «Este es el pabellon en que dormia Holofernes su embriaguez, y Dios le ha dado muerte por manos de una mujer. »Pongo por testigo á Dios vivo, que con la proteccion de su »ángel me ha conservado pura en la marcha, vuelta y es»tancia en el campo, sin permitir que persona alguna in»tentase contra mi honor; y así quedo doblemente gozosa »de la victoria y de nuestra libertad. A Él es á quien ha»beis de dar toda alabanza, porque sus bondades y miseri»cordias son inagotables.»

El pueblo salió fuera de sí con el grande gozo que concibió de sus demostraciones y palabras, y viendo la cabeza de Holofernes á la luz de las antorchas, como era de noche, les parecia un sueño cuanto veian y oian. Postráronse todos en tierra y adoraron á Dios que obra tan grandes maravillas, y despues volviéndose á Judith, la llenaron de mil bendiciones, aplausos y aclamaciones, protestando que ella era su madre y libertadora, y diciendo á grandes voces: *Tú eres la gloria de Jerusalen, tú la alegría de Israel y tú el honor de nuestro pueblo.*

Entonces el sacerdote Ozías, príncipe de Israel, le dijo: «Vos sois en el dia de hoy, hija mia, bendita y gloriosa »entre todas las mujeres que viven en la tierra. Alabado »sea el Criador del Cielo y de la tierra, que ha guiado con »tanta felicidad vuestra mano victoriosa, para la ruina y »perdicion de nuestro capital enemigo, y por el mismo »medio ha glorificado vuestro nombre, y le ha hecho in»mortal en la boca de los hombres que tienen algun cono»cimiento de las maravillas de Dios. Todo el mundo recor»dará con placer que habeis arriesgado vuestra vida por sa»car al pueblo de las ruinas en que casi estaba sepultado.» Llamó despues á Achior, y le dijo: «No habeis malogrado »el testimonio que dísteis del poder de nuestro Dios. Veis »aquí la cabeza del general de los incrédulos, cortada por »la mano de esta santa heroina. Veis ahí quien os amenaza»ba que os quitaria la vida en apoderándose de Bethulia, »y ahora nada teneis que temer de él.» Quedó este hombre tan asombrado con esta inesperada nueva, que se echó á los piés de Judith, y la adoró, convirtiéndose á la verdadera religion, y dando toda la gloria al Dios de Jerusalen.

CAPITULO VII.

Gran victoria conseguida por los israelitas, dejando complétamente destrozado el ejército que los sitiaba.—Recibe Judith mil bendiciones y aplausos del Pontífice y del pueblo.—Distribucion de los ricos despojos cogidos al enemigo.

La intrépida Judith aconsejó al pueblo que al despuntar el dia saliesen armados de la ciudad, como aparentando querer dar la batalla: que con esto irian corriendo los asirios á dar aviso á la tienda de Holofernes, y viendo el suceso quedarian amedrentados, y que se haria gran destrózo en sus filas. Ejecutóse lo que Judith habia ordenado, y observando los enemigos el movimiento de los sitiados, los capitanes acudieron á su general á tomar las órdenes necesarias. Llamaron á Bagao, su camarero, para que entrase dentro, y él lo rehusó al principio, no queriendo interrumpir los placeres de su señor; pero como se iba haciendo preciso, entró é hizo ruido, no como que lo queria hacer, sino por acaso; y viendo que nadie se movia, se acercó hasta la cama, pensando que todavía estaba con Judith. Al cabo, habiéndole dicho los capitanes que el enemigo estaba dispuesto á dar una batalla, descorrió con mucha tiento la cortina, y vió el cuerpo de su señor sin cabeza que estaba nadando en sangre.

Quedó tan fuera de sí, que hizo luego al punto pedazos sus vestiduras en señal de dolor, y fué corriendo á la cámara de Judith, para darla mil muertes si la encontrase; pero no hallándola, comenzó á dar horribles gritos, y dijo que aquella extranjera habia perdido la causa de Nabucodonosor, y que habia muerto á su general Holofernes, que no era más que un tronco sin cabeza, cubierto de sangre. Fueron todos corriendo á verlo, y quedaron atónitos del terror que les causó. Divulgóse rápidamente por el ejército el estrago, y todo fué una desesperacion, lágrimas y sentimientos. Al mismo tiempo se descubrió la cabeza de Holofernes colgada en las murallas de Bethulia, á cuya vista todas las tropas del ejército de los asirios temblaban con un

temor pánico, y como castigadas con un azote del Cielo, comenzaron á desbandarse tumultuariamente, huyendo y procurando salvar cada uno su vida con la fuga.

Los isrealitas acometíeron contra ellos, haciendo una terrible mortandad, siguiéndolos con gran algazara y gritería, como si tuviesen muy grandes fuerzas; además, como sus escuadrones marchaban en batalla y en buen órden, les era fácil vencer á los que huían atemorizados y sin esperanza de resistir. Todos los pueblos circunvecinos, luego que oyeron y observaron la novedad, salieron armados y furiosos contra sus enemigos, viniendo á tomar parte en la gloria de Bethulia; y poniéndose en campaña, acometian por todas partes, dando sobre sus contrarios.

Los israelitas, fatigados de pelear, dejaron tendidos en el campo un asombroso número de cadáveres enemigos. Solo á la proteccion señalada del Cielo se ha podido atribuir tan célebre victoria obtenida con una pérdida casi insignificante por parte de los sitiados.

En fin, todo el campo de Holofernes fué destruido, á pesar de ser tan formidable, que pasaban de cien mil hombres.

La fama de esta gloriosa victoria llegó á Jerusalen, y el Pontífice y Sumo Sacerdote Eliachin, ó Joachin, vino á Bethulia con sus sacerdotes por ver á la victoriosa Judith y llenarla de bendiciones. Luego que oyó Judith que venia el Pontífice á Bethulia, salió á recibirle, y al llegar á su presencia se echó á sus piés para que le diese su bendicion, lo cual hizo el Sumo Sacerdote diciéndola:

«Tú eres, hermosa Judith, la gloria de Jerusalen, tú, la »alegría de todo Israel, tú, en fin, la honra de todo nuestro »pueblo, porque has obrado varonilmente en esta grande »empresa. Tu corazon ha sido confortado por la virtud del »Altísimo, y porque has amado la castidad, y no has que»rido conocer más varon que el que gozaste; por eso la ma»no del Señor confortó tu brazo, y es debido que seas ben»decida por los siglos de los siglos.»

Entonces, al concluir el Sumo Sacerdote, respondió todo el pueblo:

«Amen, amen.»

Prosiguió tambien éste echándole mil bendiciones, pues no se oia por todas partes sino gritos de alegría y aclamaciones que la publicaban:

«Gloria de Jerusalen, gozo de Israel, honra del pueblo, »mujer fuerte, casta y valerosa, princesa incomparable, »cuya fama vivirá eternamente.»

Un mes pasó en contínuos regocijos y trofeos en el pueblo. Casi treinta dias tardó tambien en recoger los despojos que dejó en el campo el enemigo, de los cuales los más preciosos en oro, plata, púrpura, perlas y joyas, con otros muchos que juzgaban ser de Holofernes, fueron presentados á Judith; lo demás, que fué en extremo mucho y rico, como tambien muchos víveres, trigo, carnes y vino, todo se repartió en los vecinos de Bethulia, que quedaron muy complacidos y satisfechos.

Compuso Judith entonces un cántico de triunfo en accion de gracias al Señor, el cual fué cantado solemnemente con admiracion de todos.

CAPÍTULO VIII.

Ofrece Judith al templo de Dios todas las riquezas, armas y trofeos que la correspondian.—Se retira del mundo para concluir sus dias haciendo vida ejemplar.—Elogios á tan ilustre matrona.—Conclusion.

Pasado aquel mes de alegría, se dispusieron todos á ir á Jerusalen al templo de Dios á darle gracias, cumplir los votos de todo el pueblo y hacer grandes ofrendas, en que pasaron tres meses con muchísimos regocijos, no habiendo dia que no hubiese fiesta, ni casa que no pareciese gozar de todos los placeres del Paraíso.

Judith presentó al templo de Dios el pabellon de Holofernes con sus armas, cuya memoria estuvo siempre fija. Tambien presentó el velo de su cama, que ella misma cogió junto con el pabellon; y así esto como todo lo que el pueblo habia recogido, las joyas, perlas, plata y oro de Holofernes, todo se lo ofreció á Dios en accion de gracias por lo mucho que le habia favorecido y ayudado á su pátria y todo Israel.

Fueron todos los demás asimismo ofreciendo de los despojos que les habian tocado, con que dejaron el templo de Dios muy enriquecido.

Concluidas estas ofrendas y regocijos, se volvieron todos á sus casas, y la santa Judith volvió á su querida ciudad de Bethulia, conservándose siempre viuda desde que murió su esposo Manasés, y siempre honrada de todo el mundo como la persona más gloriosa que habia sobre la tierra. Dió libertad á su esclava Abrahama, y vivió hasta ciento y cinco años con su pueblo en una profunda paz, sin que en este tiempo, y mucho despues de su muerte, hubiese habido quien inquietase á Israel.

En fin, murió esta grande heroina, y fué sepultada en el sepulcro de su marido en la misma ciudad de Bethulia, en cuya poblacion, así como en todo Israel, fué llorada por muchos dias consecutivos. Todo lo restante de su vida, despues de la victoria, lo pasó en una retirada soledad, dando á todos un grande ejemplo de virtud. El dia aniversario de su triunfo fué celebrado siempre y puesto en el número de las grandes festividades de los judíos para toda la posteridad.

Justo es que tambien nosotros hagamos á esta gran matrona sus honras, publicando sus virtudes, para ejemplar edificacion y modelo de virtudes y heroismo.

Nada tuvo Judith de afeminado sino el sexo: toda fué varonil, toda generosa y toda llena de prodigios. La naturaleza no la dió más que el sexo, dejando á la virtud que hiciese lo restante; y la virtud, despues de haber trabajado mucho tiempo en esta bella obra, se incorporó dentro de ella. Nunca la hermosura estuvo mejor colocada que en su cara, con una mezcla de gravedad y amor, que cautivaba á cuantos la miraban. Era amable en sus gracias, y formidable en su valor. Su brazo hizo más en cortar una cabeza, que si hubiese muerto cien mil hombres; pero el amor tuvo un excelente empleo en esta accion; y á decir verdad, él consagró sus flechas; nunca fué tan inocente en sus combates ni tan glorioso en sus triunfos, pues triunfó y venció al que en su soberbia imaginacion le pareció poco todo el mundo.

Finalmente, Dios que obra tantas maravillas, abona esta historia, habiendo querido fuese parte de la Escritura Sagrada. Es un monumento eterno de la virtud y heroismo. Un gigante que ponia monte sobre monte para subir en medio del hierro y del fuego hasta el trono del Altísi-

mo, véisle aquí vencido y bañado en sangre por una mujer que le cortó la cabeza, y un ejército que hacia sombra al sol con la multitud de sus volantes flechas, destrozado y derrotado por la empresa de una Judith.

Nunca esta virtuosa heroina se dió la alabanza de esta obra. Dios fué quien obraba en ella, quien la guiaba la mano; fortificaba su brazo, le daba el espíritu de prudencia, el ardor y la inspiracion de su alma. ¡Oh qué formidable es este Dios de los ejércitos! ¿Quién es el que no teme á su justicia, sino quien no le conoce? ¿Qué de torres de orgullo han caido de lo alto y caerán debajo de sus manos? Teman todos su poder, y buscándole por medio de la penitencia, trocará todo su vigor en blandura, toda su justicia en misericordia, y toda su ira en amor.

FIN.

HISTORIAS

QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO.

	Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.	5
Carlo-Magno y los doce Pares de Francia.	4
Roberto el Diablo.	4
El conde Partinoples.	4
Clamades y Clarmonda, ó el caballo de Madera.	4
Flores y Blanca-Flor.	4
Pierres y Magalona.	4
Aladino ó la Lámpara Maravillosa.	4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.	4
El Nuevo Robinson.	4
Napoleon I. emperador de los franceses.	4
El caudillo carlista D. Ramon Cabrera.	4
El general Espartero.	4
D. Martin Zurbano.	4
Doña Blanca de Navarra.	4
Orlando Furioso.	4
Simbad el Marino	4
El sitio y defensa de Zaragoza.	4
D. Diego Leon.	3
El conde de Montemolin.	3
Zumalacárregui.	3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla.	3
Bernardo del Carpio.	3
Hernan Cortés ó la conquista de Méjico.	3
Los siete infantes de Lara.	3
D. Pedro de Portugal.	3
La doncella Teodora.	3
La heróica Judith	3
Noches lúgubres de Cadalso.	3
Matilde y Malek-Adhel.	3
Abelardo y Eloisa.	3
Ricardo é Isabela ó la Española-Inglesa.	3

	pliegos
El marqués de Villena ó la Redoma Encantada.	3
El robo de Elisa ó la Rosa Blanca Encantada.	3
El conde de las Maravillas.	3
Santa Genoveva.	3
El Nuevo Navegador ó la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.	3
El Gran Capitan Gonzalo de Córdoba.	3
El Bastardo de Castilla ó el Castillo del Diablo.	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donason.	3
La Hermosa de los cabellos de oro.	3
La Guirnalda milagrosa.	3
Los siete Sábios de Roma.	2
Guerra de la Independencia española.	3
Los Niños de Ecija.	3
Doña Juana la Loca.	3
El Toro blanco encantado.	3
El Príncipe Selim.	3
Las Dos Doncellas disfrazadas.	2
Antelmo Collet.	4
El Santo Rey David.	3
El Casto José.	2
El Juicio Universal.	2
San Alejo.	2
San Amaro.	2
Francisco Esteban el Guapo.	2
El Marqués de Mántua.	2
El Valeroso Sanson.	2
La Creacion del Mundo.	2
El Diluvio Universal.	2
San Albano.	2
Nuestra Señora de Monserrat, y penitencia de Fray Juan Garín.	2